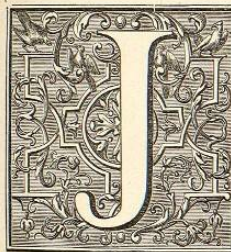


V

CONVERSACIONES Y PARÁBOLAS

Misión de los Discípulos, el Samaritano, Marta y María.—La Mujer inclinada, los Banquetes de Jesús, el Hidrópico, Lecciones á los fariseos.—La Oveja, la Dracma, el Hijo pródigo.—El Juez inicuo, la Oración.—Pobreza voluntaria, los Niños.

MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS, EL SAMARITANO, MARTA Y MARÍA



Initial del siglo XVII. Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

ESÚS se retiró en aquel tiempo á los confines de la Judea, bien fuera en Galilea, ó bien en el punto llamado el Pireo, en donde los poderosos de Jerusalén no podían hacerle daño; y en aquellos días se cree que eligió los setenta y dos discípulos, para enviarles á predicar delante de Él, y de dos en dos, á las ciudades y lugares por donde Él debía ir después. El número setenta y dos significa la universalidad de las naciones, y el ir de dos en dos representa los dos preceptos que hay de caridad : uno, el amor de Dios, y otro, el del prójimo, que son

inseparables de tal manera, que aquel que no tenga amor del prójimo no puede encargarse ni ejercer el ministerio de la predicación. La unión de dos para servir á Dios es ya muy antigua, y así se ve en la historia de la religión que Dios libertó á Israel por la asociación de Moisés y Aarón; y sobre ese punto está también escrito: «*Un hermano sostenido por su hermano es como una ciudad amurallada.*»

Dió Jesús á los nuevos misioneros instrucciones semejantes á las que había dado á los Apóstoles, con el poder de curar á los enfermos y de arrojar los demonios, y esta misión era como el complemento de la fundación del Apostolado. «Yo os envío, les dijo, como corderos en medio de lobos. En cualquier casa que entréis, desde luego decid: Que la paz habite en esta casa. Comed y bebed de lo que se os ponga, porque es justo que el que trabaja reciba salario. Curad los enfermos que allí hubiere, y decidles que el reino de Dios está cerca de vosotros. Si en alguna ciudad no se os recibe, decid á sus habitantes que el polvo mismo de aquella ciudad que se os hubiere pegado le sacudiréis contra ellos. Y por lo que á mí toca, os declaro que en el último día será tratada Sodoma con menos rigor que aquella ciudad. Todo aquel que os escucha, á mí me escucha; y aquel que os desprecia, á mí me desprecia; y el que me desprecia á mí, desprecia á Aquel que me ha enviado.»

Los setenta y dos discípulos se fueron, y volvieron contentos, diciendo: «*Señor, los demonios mismos nos han obedecido*

por la eficacia y virtud de vuestro nombre.» Jesús les contestó con una severidad dulce y á propósito para fomentar y conservar en ellos la humildad: «Hé aquí que yo os he dado el poder de andar sobre las serpientes y los escorpiones y sobre todas las fuerzas y resistencias del enemigo, sin recibir de ello ningún mal. Sin embargo, no os regocijéis de que los demonios os estén sujetos, sino alegraos más bien de que vuestro nombre se halle escrito en el cielo.» Y en este mismo momento, saltando de alegría en el Espíritu Santo, dijo: «Padre mío, Soberano del cielo y de la tierra, yo os doy gracias, porque, teniendo estas cosas ocultas á los doctos y á los sabios, os habéis dignado revelarlas á los humildes.» Y con el fin de manifestar que Él disponía de todo como el Padre, añadió: «Todo me ha sido puesto en mis manos por mi Padre; ninguno sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quiere revelárselo.» Y todavía dijo á sus discípulos: «Dichosos los ojos que ven lo que vosotros estáis viendo, porque muchos reyes y profetas han deseado ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron; y desearon oírlo, y no lo oyeron.»

Dirigiéndose, por fin, á la multitud, y hablando en ella á todos los que han de vivir en la sucesión de los tiempos, incluso nosotros, que actualmente existimos, y los que existan hasta el fin del mundo, dijo: «Venid todos á mí, vosotros que estáis agobiados con el peso del trabajo y del dolor, y yo os confortaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que

«soy dulce y humilde de corazón, y encontraréis así la paz y reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»

San Agustín pone de relieve la profundidad y sabiduría de

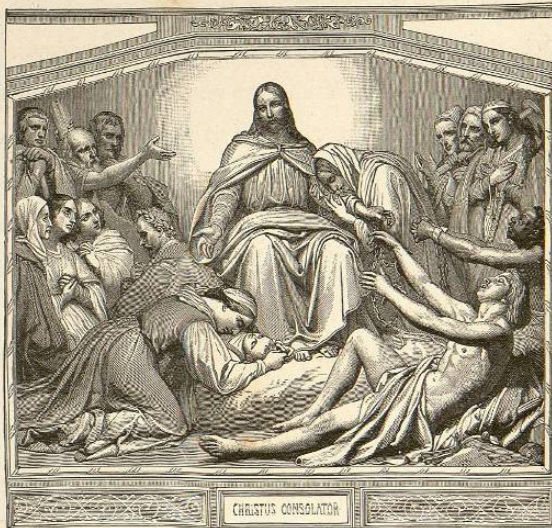


Lámina 68.—El Cristo consolador. «Venid á mí, dice Jesús, todos los que estáis agobiados bajo el peso del trabajo y del dolor, y yo os confortaré, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.»—Cuadro de Ary Scheffer, grabado por Enrique Dupont, en París.

estas palabras, diciendo que aquellos que tomen el yugo de Jesús han de soportar tales ansiedades y aficciones, que se les figure pasar, no del trabajo al descanso, sino, al contrario, del descanso al trabajo; pero en ese caso adviertan que el Espíritu Santo está allí, é incesantemente renueva el hombre interior y le

repara de las ruinas del hombre exterior; y que en la afluencia de las delicias de Dios, toda humillación enaltece, y aquellos que aman no sufren.

Por eso Jesús se aparece siempre á nuestra vista dulce, humilde, compasivo y divino, multiplicando los llamamientos de su gran ternura y las protestas de su dependencia, en proporción que Él multiplica y prodiga las pruebas de su soberanía.

El mismo día, un doctor de la Ley dijo á Jesús, con el designio de tentarle: «Maestro, ¿qué deberé yo hacer para conseguir la vida eterna?» Y quedóse esperando alguna respuesta que pareciese contraria á Moisés. Jesús le contestó: «¿Qué es lo que prescribe la Ley? ¿Qué es lo que se lee en ella?» Y por medio de estas dos preguntas obligó al mismo doctor á dar una respuesta evangélica, y en seguida le probó que mientras que citaba los textos de la Ley, ignoraba el sentido de la misma. El doctor contestó que la Ley decía: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á ti mismo.» Jesús le dijo: «Has contestado muy bien; haz eso mismo, y vivirás.» Seguidamente el doctor, queriendo gloriarse de su propia justicia, preguntó á Jesús: «¿Quién es mi prójimo?»

De esa relación aparece que la primera pregunta del doctor estaba llena de astucia y de malicia, y que no tenía amor alguno ni interés por el prójimo, puesto que él no reputaba á cualquiera otro hombre como prójimo suyo; y aunque él relató muy

bien todo lo que es preciso hacer para conseguir la vida eterna, sin embargo, ignoraba hasta la primera palabra de lo que él había citado, en lo que manifestaba estar muy lleno de sí mismo y muy vacío del amor de Dios, porque no amando á su hermano, que tenía á la vista, mal podría amar á Dios, que es invisible. Sobre esto mismo añade San Cirilo que el mencionado doctor no sabía quién era su prójimo, porque no creía á Jesucristo; y el que no conoce á Jesucristo tiene que ignorar la Ley, como despreciando la verdad es imposible conocer la Ley que la anuncia.

Jesús dijo después : «Un hombre que bajaba de Jerusalén á Jericó cayó entre las manos de unos ladrones, que le despojaron de todo lo que llevaba, y después de haberle herido, le dejaron medio muerto. Un sacerdote pasó por el mismo camino, y aunque vió á este hombre herido, pasó adelante; vino después un levita, le miró también, le dejó en el mismo estado, y pasó igualmente adelante; pero un samaritano que viajaba por allí, al ver al herido, se detuvo y se movió á compasión. Al punto se aproximó á él, derramó aceite y vino sobre sus heridas, las cubrió con un vendaje, puso al enfermo sobre un caballo, le condujo á una posada, y se tomó gran cuidado por él. Al día siguiente sacó dinero de su bolsillo y dió dos denarios de plata al dueño de la posada, diciéndole : Tened cuidado de este hombre, y todo lo que hubiereis gastado demás con él, yo lo pagaré á mi vuelta.»

En esta sencilla y conmovedora relación, Jesús mismo es el samaritano, pues esta palabra significa *guardián*, y de él había dicho ya la Escritura : «*Aquel que guarda á Israel no tendrá sueño ni dormirá.*» Y cuando se le acusó de samaritano y de poseído por el demonio, negó que era lo segundo, pero no lo primero, ni se quejó por la injuria que se creía inferírsele llamándole samaritano, porque era guardián de los enfermos. El samaritano, según dice el texto sagrado, se hallaba en viaje; y realmente Jesús fué un viajero, pues vino á la tierra para nuestro bien y no se desvió nunca de ese fin; y su viaje tuvo por objeto el venir en medio del género humano, herido por la culpa, despojado de la gracia y de la gloria y postrado en un triste estado, casi medio muerto, para curarle, consolarle, cubrir sus llagas y pagar todo lo que él debía por sus pecados. Jesús se hizo nuestro prójimo tomando nuestra naturaleza, y nuestro vecino por su misericordia, pues por haber sido compasivo se acercó á nosotros; y la misma infinita sabiduría, para aproximar el hombre á Dios, hizo el milagro de darnos á Jesús, que, poseyendo en sí mismo la justicia y la inmortalidad, y viendo en nosotros el pecado y la muerte, no tomó ni contrajo estos dos inmensos males, por los que hubiera sido en todo igual á nuestra miserable condición, para poder así libertarnos y rescatarnos de ellos, y no tener él necesidad de rescate, como hubiera tenido si hubiese estado sujeto al pecado como nosotros. Pero, si bien Jesús no fué ni pudo ser pecador, se sujetó, sin embargo,

á la condición de ser mortal; y tomando de ese modo sobre sí la pena, sin tomar la falta, ni participar de la culpa, abolió y borró al mismo tiempo la culpa y la pena, adquiriéndonos la verdadera libertad de hijos de Dios.

El samaritano, cuando llegó donde estaba el hombre abandonado, vendó sus heridas, después de haber derramado aceite y vino sobre ellas; el aceite de la misericordia, que suaviza las úlceras, y el vino de la justicia, que quita y aleja de ellas la corrupción y la gangrena; el aceite, que es el consuelo de la esperanza, y el vino, que significa la exhortación al fervor. El aceite además representa la naturaleza humana del médico, y el vino su naturaleza divina, porque Jesucristo, en la curación del género humano, ha obrado, no solamente como hombre, sino también como Dios, y ha derramado el aceite y el vino para salvarnos no ménos con su humanidad que con su divinidad; y si ha empleado juntos y mezclado el vino y el aceite, ha sido para enseñarnos á poner en prudente armonía la dulzura y la severidad, para que no seamos ulcerados y resentidos por el demasiado rigor, ni descuidados y flojos por la demasiada condescendencia. Asimismo, al curar nuestras heridas, las ha ligado con vendaje, para imponernos de ese modo una Ley más severa, sin la cual no podríamos recobrar nuestra primera salud.

El samaritano puso al herido sobre un caballo, y Jesucristo, llevando más adelante su amor, cargó sobre sus propios hombros la oveja perdida tan luégo como la encontró, y destruyó

la enfermedad de nuestra carne, tomándola sobre sí mismo; y hé ahí cómo, bajo la figura de samaritano, abre ya sus brazos, entre los cuales nosotros seremos, no sólo guiados, sino llevados al seno de la Iglesia, en donde quedará completada nuestra curación.

La Ley no admitía á todos los hombres á gozar de sus beneficios; y así estaba prescrito en ella que el moabita y el amonita no entrarían en el Templo de Dios, y ahora la Iglesia Católica es la hospedería inefable abierta á todo el que quiera creer. Venid, pues, de todas las naciones, de todos los países, de todas las razas, de todos los climas, de todas las lenguas; venid los que estéis cargados de flaquezas y miserias; venid los que estéis heridos con profundas y dolorosas llagas; venid los que estéis manchados con la fealdad de la culpa; venid todos al bautismo de Dios, al convite de Dios, á la dichosa mansión donde reina la amistad de Dios, porque el dulcísimo samaritano Jesús no se contenta con dejar y colocar al herido en su casa, sino que entra con él, permanece con él, y por él mismo se toma el cuidado, el celo y el amor necesario para la curación.

El samaritano de que habla el texto sagrado no podía permanecer en la posada con el enfermo, y al día siguiente dió al dueño de la misma dos denarios de plata y le dijo que tuviera cuidado del herido, obligándose á pagar á su vuelta por allí lo que se hubiera gastado demás en la curación. Esos dos denarios significan claramente los dos mandamientos de amor de Dios y

amor del prójimo que se dieron á los Apóstoles para predicar el Evangelio en el mundo, y son también la promesa de la vida presente y de la vida futura.

El dueño de la posada no es el pastor mercenario que no hace más servicio que aquel cuyo precio está estipulado y pactado previamente, ni un mero instrumento mecánico que no va más allá de la línea y círculo que le está señalado, sino que es el sacerdote de la nueva Ley, es el Apostolado de Jesucristo, compuesto en su institución de doce hombres sencillos, pero llenos del espíritu de Dios; y estos insignes y esforzados misioneros añadieron al precepto del amor el consejo que le enaltece y perfecciona; y sobre la columna del deber han colocado el precioso remate de la voluntaria abnegación. Por más que les era permitido vivir del fruto de su predicación, vivieron del trabajo de sus manos, buscando así gustosa y voluntariamente la cruz, cuando podían evitarla ó aliviarla. Pero á pesar de todo ese espíritu tan laudable y admirable de voluntario sacrificio, no le es dado al hombre el ser más generoso que Jesús, y por eso se dice en la Santa Escritura : «*A mi vuelta, yo te pagaré lo que hubieres gastado de demás.*» Esa vuelta será el día del juicio, en que Jesús pagará y premiará superabundantemente y sin medida á todos aquellos que sin medida le hubieren servido y amado.

Después de su relación preguntó Jesús al doctor : «*¿Quién ha sido el prójimo?*» Y éste contestó que ni el sacerdote, ni el levita, que vivían bajo la Ley, habían sabido hacer lo que la

Ley mandaba, y que sólo el samaritano había cumplido con las prescripciones de la misma, y entonces Jesús le dijo : «*Anda y obra de la misma manera.*» Que fué lo mismo que enseñarnos que cuando veamos un judío, ó un gentil, ó cualquiera otro hombre, aquel es nuestro prójimo. Así, pues, poco vale ni la dignidad del sacerdote, ni la ciencia de la Ley, ni la posesión de todos los conocimientos humanos, si faltan las obras, pues sólo aquel que ejerce y practica obras de misericordia es el que cumple la Ley.

Por otras circunstancias se vió entonces Jesús obligado á repetir la instrucción acerca de la oracion; habló de la fuerza de la constante plegaria, de la cual había sido un ejemplo asombroso la Cananea, y todo le servía de ocasión para enseñar, y se apresuraba á derramar sus palabras creatrices, que, al mismo tiempo que revelaban á los hombres la vida espiritual, instituían y confirmaban la caridad. Sin embargo, no olvidaba nunca de herir con terrible anatema la hipocresía, el orgullo, la falsa ciencia y la dureza de los fariseos y de los doctores de la Ley; y por tener caridad de aquellos á quienes extraviaban esos falsos justos y falsos sabios, y además por compasión hacia ellos mismos, los trataba como ellos acostumbraban tratar á los pecadores, y sobre todo, se fijaba mucho en describirles y darles á conocer, por dejar así una instrucción á la Iglesia con el fin de que la ilusión de una falsa justicia jamás pudiese corromper ni alterar la verdad, como, en efecto, la ha preservado de este peligro.

Se han visto fariseos en medio del Cristianismo, porque todos los vicios son de la especie humana, pero nada hay más extraño y contrario á la Iglesia que el fariseísmo en la doctrina y en las costumbres.

En ese momento fué pronunciada una parábola que está reputada como de las más altas y más profundas que han salido de los labios del Hombre-Dios.

Pasando por Bethania, se detuvo en casa de una mujer llamada Marta, hermana de María Magdalena, la pecadora perdonada de que se ha hecho mención en el convite de Simón el Fariseo. Desde luégo Marta se ocupó en preparar la comida para su esclarecido Huésped y para sus discípulos, y entre tanto María, sentada á los piés del Maestro, le oía hablar, porque Jesús, dando así ejemplo á los Apóstoles, no había entrado allí solamente para comer, sino sobre todo para enseñar. De repente se presentó Marta delante de Él y le dijo: «Señor, ¿no consideráis Vos que mi hermana me deja sola para serviros? Decidla, pues, que venga para ayudarme.» Á lo que Jesús respondió afectuosamente: «Marta, Marta, tú estás solícita y turbada con muchas cosas, y por fin, de todas, una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, y no la será quitada.»

De todo lo que allí dijo Jesús, el Espíritu Santo no nos ha conservado más que una palabra que expresa la sola cosa necesaria para la felicidad presente y para la felicidad eterna del al-

ma, cosa importantísima sin la cual todo lo demás no es otra cosa que turbación y tormento, ó, á lo más, una alegría pasajera que desaparece muy pronto. Jesús no reprueba el apresuramiento de Marta por servirle, sino que la advierte y enseña que toda obra hecha por Dios debe hacerse con calma y humildad, porque de ninguna manera está Dios mejor servido que con

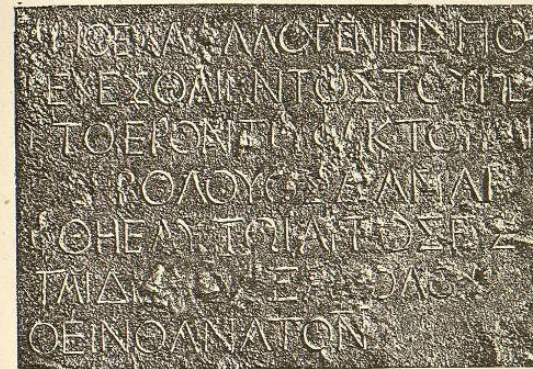


Lámina 69.—Inscripción del Templo de Jerusalén, descubierta el año 1871 por M. Ganneau, cónsul del consulado de Francia en Jerusalén. Epoca de Herodes el Grande.—La traducción de ella es como sigue: «Que ningún extranjero penetre al interior de la balaustrada y de la muralla que hay alrededor de la explanada del Templo; y aquel que sea cogido entrando, será la causa de que por ello se le imponga la muerte.»

amor, y que á ese fin nada es tan propio y conducente como el escuchar á Jesucristo y el estar en unión con Él solo. En esa recomendación de la única cosa necesaria levantó también la vida contemplativa, enaltecíendola y prefiriéndola á la activa, por más que sea muy laudable la acción y el movimiento hacia las cosas exteriores para servir en ellas á Dios; pero sin quitar ni negar el

mérito propio de ese género de vida, no cabe duda que la contemplativa es la que contiene una verdadera y abundantísima fecundidad para el cielo y la que engendra y produce aquí en la tierra las grandes obras en que Dios es glorificado, alabado y servido, porque la contemplación de Dios hace conocer mejor su infinita hermosura, y la hermosura excita y enciende el amor, y el amor es quien comunica al alma esa ardiente llama y ese fuego vivo y eficaz que la conduce al heroísmo y la sostiene en el sacrificio. Todos los Santos han tenido una gran inclinación y deseo irresistible de conocer á Dios en la contemplación, y por eso quisieron vivir y morir en Él y para Él. Marta sirvió al Señor, y María, además de servirle amándole, le contempló estando en su presencia física y real, y por eso María tuvo la dicha de estar al pié de la cruz.

LA MUJER ENCORVADA, LOS CONVITES DE JESÚS, EL HIDRÓPICO
Y LECCIONES Á LOS FARISEOS

Vino un hombre á suplicar á Jesús que se dignase hacer la partición de una herencia entre él y un hermano suyo, á lo que se negó Jesús, diciendo al suplicante : «*Guárdate de toda avaricia, porque no es la abundancia de bienes que posea el hombre la que le da la vida.*» Y con este motivo propuso la parábola del rico avariento, á quien Dios reclama su alma, mientras que él no piensa más que en aumentar y amontonar riquezas.

Al mismo tiempo insistió Jesús sobre el mérito de la limosna, sobre la confianza en Dios, la humildad y la penitencia, cuyas

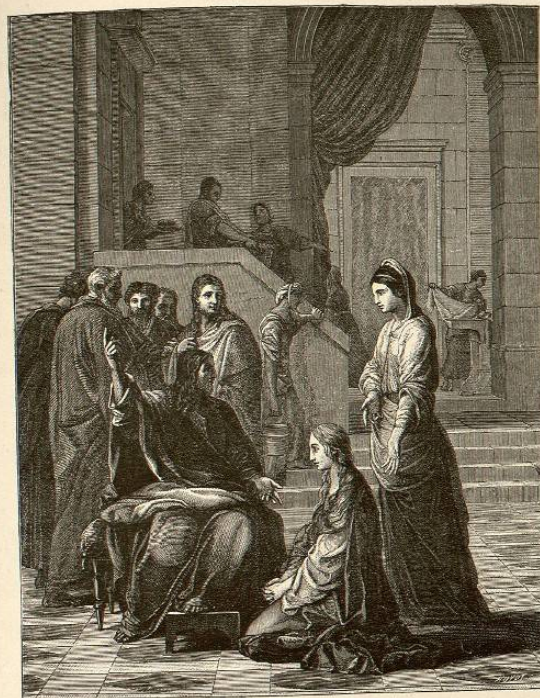


Lámina 70.—Jesús en casa de María y Marta. María, sentada á los piés de Jesús, le oye hablar. Marta se presenta delante de Él y le dice : «Señor, ¿no consideráis que mi hermana me deja enteramente sola para servirlos? Decidla, pues, que venga para ayudarme.» Jesús la respondió afectuosamente : «Marta, Marta, tú te preocupas y estás turbada con muchas cosas; pero al fin no hay más que una sola cosa necesaria. María ha elegido la mejor parte, y no la será quitada.»—Cuadro de Le Sueur.

virtudes deben ser además la ley y norma de las sociedades y pueblos cristianamente constituídos y gobernados; también mez-